

**CUENTO N° 280**

**TÍTULO: MONSTRUOS EN EL COMEDOR**

**SEUDÓNIMO: OLISSIPO**

**AUTOR: RAMÓN CHRISTIÁN LISBOA ARAVENA**

## **Monstruos en el comedor.**

Autor: Olissipo

Leontina detestaba ir a desayunar. Odiaba igualmente almorzar, también cenar. Comenzaba a tiritar al escuchar el primer grito que la arrancaba de su mundo de colores y olores de ropas viejas y papeles y flores y migas de galleta. Porque lo que no soportaba Leontina era ir al comedor, pues allí la esperaban los monstruos. Aunque ellos la recibían siempre con palabras cariñosas, luego venían los regaños por su demora en sentarse a la mesa y empezaba el tormento. Ella tomaba medio vaso de leche y luego se quedaba mirando los platos repletos de cereal y fruta y pan y queso y cecinas y mantequilla.

Comenzaban entonces las largas sesiones de tortura, durante las cuales la pareja de bestias hacía esfuerzos por llenar su boca de comida, golpeándola cuando ella vomitaba, quejándose amargamente porque el destino les había dejado a cargo de una mala niña. Esta rutina se repitió día tras día durante semanas y meses y años. Aunque durante el resto del tiempo los energúmenos se comportaban amablemente, llevándola incluso de paseo al parque regularmente con una cintita atada a su cintura, Leontina nunca llegó a confiar en ellos, ni aun cuando la arropaban amorosamente para dormir. Ella observaba los rostros rubicundos del macho y la hembra, ambos con

Autor: Olissipo

grandes papadas, sus ojos inyectados en sangre rodeados de profundas ojeras; la cabellera revuelta de color marrón con visos amarillentos de la mujer y el pelo negro cortado al rape del hombre. Ambos eran gordos y de gran estatura, con piernas y brazos como troncos, con gigantescas panzas llenas de comida. Leontina les detestaba. En sus peores pesadillas, la niña se miraba en el espejo y reconocía cada parte de su cuerpo parecida a los de ellos: cara y pelo como los de la mujer, una gran barriga como la del hombre, manos y pies grandes y torpes. Despertaba prometiéndose no comer ni beber, para ser cada día más delgada, para no tener nada en común con sus celadores. Ellos refinaban sus métodos de tormento, golpeándola con paños húmedos para no dejar marcas en la piel, causándole dolores que apenas soportaba, dejándola descansar luego para continuar entre cada plato, hostigándola aún cuando llegaba al postre. En algunas oportunidades el terror le impedía decir que estaba a punto de orinarse, intentaba entonces controlar su vejiga y aceptaba una cucharada de comida, pero a veces el deseo era incontrolable y mojaba el vestido y el asiento. Entonces su mala madre la desnudaba de la cintura hacia abajo y la lavaba en el mismo lugar con un jarro de agua fría, ordenándole luego que se encerrase en su habitación, castigándola por su rebeldía.

Autor: Olissipo

Cuando las arcadas le permitían comer algo de la porción del desayuno, de las nueve treinta a las once treinta de la mañana Leontina podía ir a jugar al pequeño patio embaldosado. Se acercaba a la reja de separación y conversaba con su vecina, una niña un año menor que ella llamada Flor, quien se entretenía diariamente recogiendo pétalos y ordenándolos por color, forma y aroma. La niña le enseñaba todo lo que sabía sobre caléndulas, dedales de oro, rayitos de sol, pensamientos, petunias, claveles y cardenales hasta que los gritos de la madrastra obligaban a Leontina a entrar para la sesión del almuerzo.

Pasó el tiempo sin cambios en el espantoso ritual. Una mañana de frío intenso, después del desayuno, el ogro salió como todos los días y la ogresa se echó a dormir despatarrada en el sillón de la sala. La niña bajó al subterráneo en donde estaba su cama y se puso a jugar con los trastos que se encontraban en el fondo de la habitación, abandonados por años, llenos de polvo que la hizo estornudar, lo que espantó a una familia de arañas que la observaron con sus cuatro pares de ojos y luego de decidir que la pequeña no era una presa interesante, desaparecieron en los rincones. Leontina encontró un tesoro enterrado en varias cajas de madera. Cientos de libros con sus cubiertas sucias la recibieron entre sus páginas. Algunos de ellos poseían ilustraciones.

Autor: Olissipo

Maravillada, guardó varios bajo su lecho, después de limpiarlos. Aunque no sabía leer, comprendió el significado de las palabras bajo algunas de las imágenes. Nunca mostró su tesoro a sus carceleros, quienes fuera de las horas de las comidas poco se interesaban en ella.

Comenzó su largo aprendizaje de la lectura. Al principio, palabras extrañas como “raza” y “ovejero” que parecían significar un animal como los que veía en los paseos por la plaza fueron descartadas pues no se repetían. Así fue como aprendió muchos vocablos, luego relacionó los que al principio eran los extraños símbolos en el papel con el sonido. Cuando tropezaba con palabras incomprensibles como “desafiante” o “melancólico”, las reproducía en un cuaderno, dibujándolas para averiguar su significado más adelante y continuaba su aprendizaje. Dedicada a esto todos los días durante dos años, pudo comprender varios de los libros del montoncito que aumentaba bajo su camastro.

Dos de ellos eran bellos ejemplares ilustrados, con cientos de fotografías de árboles, plantas y flores. Aprovechando las enseñanzas de su vecina Flor, la niña descubrió cómo leer los nombres de muchas de las flores que podía ver a diario desde el patio interior. También encontró un volumen de animales, en el cual reconoció

Autor: Olissipo

muchos de los insectos y aves que observaba en el jardín vecino.

Estuvo varios meses absorta en libros de caballeros, princesas, hadas, brujas y hechiceros. Aprendió los modos de lucha contra los dragones para aplicarlos contra sus captores, sin embargo no había espadas en la casa. Los cuchillos de la mesa eran pequeños y romos, imposibles de ser usados para combatir contra un gigante de piel dura y escamosa. Suspirando, abandonó esta idea cuando encontró otro tipo de lectura. Aprendió conjuros mágicos, astrología, uso de los hongos, y hasta la utilidad de las hierbas que reconocía en plazas y parques. También aprendió algo de yoga y taichi. Luego continuó con matemáticas, biología y química.

Llegó la edad en que sus guardianes se vieron obligados a llevarla a un colegio para cumplir con las leyes. Leontina asombró a los maestros pues a sus seis años tenía el nivel educacional de una adolescente. Sus padres fueron citados a una reunión con especialistas en educación y psicólogos, quienes les propusieron internar a la niña en un establecimiento pagado por el estado. Ellos inicialmente rechazaron la propuesta, pero cuando se les ofreció un bono mensual libre de impuestos, accedieron gustosos.

Autor: Olissipo

Antes de la entrevista, Leontina no había visto una cabellera plateada tan hermosa. Tampoco una mirada que le transmitiera tanto amor. No conocía el significado real de “Angel de la guarda”. La señora Perla, directora del colegio, era esa persona. Ante un comentario del padrastro sobre la rebeldía y mal comportamiento de la niña, ella lo cortó diciendo:

-No hay niños de mala conducta, señor. Lo que hay son niños que sufren y adultos que no los comprenden.

El hombre no volvió a decir palabra. Firmó los documentos para entregar a Leontina y al llegar a casa la pareja amenazó a la niña, diciéndole que debería guardar silencio y no mencionar jamás las sesiones del comedor, pues ellos lo sabrían y ella sería obligada a volver a casa para ser castigada sin poder jamás salir de allí. Ella lo prometió y preparó sus cosas para irse.

Cuando llegó la camioneta del centro educacional para niños excepcionales, los padres adoptivos de Leontina vieron asombrados por primera vez las dos grandes cajas de libros que la niña entregó a los cargadores para llevar a su nuevo hogar, sin comprender que eran la llave de la celda que nunca más estaría cerrada.

////////////////////////////////////